

# 10. Los cristianos no lo son para sí mismos, sino, con Cristo, para los demás

por Julián Carrón\*

¿Por qué merece la pena ser cristianos hoy, si nos podemos salvar también de otros modos? ¿Qué justificación nos damos a nosotros mismos de nuestra fe? Este es el mayor desafío que podemos escuchar.

Tenemos que verificar qué razones tenemos para seguir siendo cristianos ahora, en este momento histórico. Es lo que nos decía don Giussani: si la fe cristiana no es una experiencia presente, confirmada por ella, si no puedo encontrar en mi experiencia la confirmación de la conveniencia humana de ser cristiano, mi fe no podrá resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario<sup>1</sup>. Por tanto, ¿ha sucedido en nuestra vida un encuentro en el que Cristo se ha mostrado como respuesta a las exigencias profundas de nuestra humanidad? ¿Podemos decir, por ello, que sin Cristo nos falta lo más decisivo para vivir, lo más querido? En definitiva, ¿tenemos una razón adecuada para adherirnos a Cristo? Es como si tuviésemos que descubrirnos libres ante Él: libres para amarle libremente, como decía Péguy: «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»<sup>2</sup>.

Llegados a este punto podemos plantear la otra cuestión: ¿cuál es nuestra misión, cuál es nuestra tarea en el mundo? La circunstancia histórica que estamos viviendo nos empuja a profundizar en la naturaleza de nuestro ser cristianos en el mundo. Benedicto XVI nos recuerda que «la *proexistencia* de Cristo», es decir, su vida como don, como un *ser-para*, es la «expresión de la figura fundamental de la existencia cristiana y de la Iglesia como tal [...]. Cristo, en cuanto único, era y es *para todos*, y los cristianos, que en la grandiosa imagen de Pablo constituyen su cuerpo en este mundo, participan de ese *ser-para*». Los cristianos, continúa Benedicto, «no lo son para sí mismos, sino, con Cristo, para los demás. Esto no significa una especie de pase especial para entrar en la beatitud eterna, sino la vocación a construir el conjunto, el todo. Lo que el ser humano necesita para la salvación es la íntima apertura a Dios, la íntima espera y la adhesión a Él, y en otra dirección, esto significa que nosotros, junto al Señor –con quien nos hemos encontrado– caminamos hacia los demás y tratamos de hacerles visible el acontecimiento de Dios en Cristo»<sup>3</sup>.

Se aclara con esto el designio de Dios y por qué nos ha elegido a nosotros, dándonos su gracia: Él ha suscitado todo aquello a lo que nos hemos referido hoy al recorrer la historia »

\* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» de Israel hasta la venida de Cristo para que viviésemos ya en el presente la plenitud a la que aspira nuestro ser y diésemos a conocer, a través de ella, su presencia en el mundo. Llegados a este punto tal vez podamos entender mejor por qué considera don Giussani tan decisivo el «sí» de Pedro para la generación de un protagonista nuevo en la escena del mundo. Todos los intentos de Dios, de Cristo, han estado encaminados a generar a Pedro, un hombre que con su «sí» pueda dar testimonio de Él en el mundo, un yo que pueda «ser-para» todos los demás. Sin esto no existiría el rostro humano de la misericordia en la historia. La iniciativa de Dios tiene como finalidad generar un yo que pueda hacerle presente, entonces al igual que hoy. Por consiguiente, la tarea de la Iglesia no puede ser sino lo que hemos visto hacer a Dios a lo largo de la historia.

«Esta gran amistad [nuestra], a través de la cual se actualiza la verdad instaurada en el mundo por el misterio de la muerte y resurrección del Señor, está totalmente vertida hacia el mundo. El destino y la meta última de la comunidad cristiana es el mundo (lo que la define es el “para los hombres” [dice don Giussani]): una entrega profunda y apasionada a los hombres y a su destino, una tensión encaminada a hacer presente en la existencia cotidiana, en medio de los sufrimientos, tentativas, esperanzas y negaciones de los hombres, el sentido último de las cosas, el acontecimiento de Jesucristo, lo único que puede salvar al hombre. El “para los hombres” es históricamente la característica fundamental de la vida de la comunidad cristiana. La apertura incondicional a la misión es lo que garantiza la verdad y la autenticidad de la vida de la comunidad: “Por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad”»<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

<sup>2</sup> Ch. Péguy, *Los tres misterios. El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 2008, p. 420.

<sup>3</sup> Entrevista a S.S. el papa emérito Benedicto XVI sobre la cuestión de la justificación por la fe, en *Per mezzo della fede*, a cargo de Daniele Libanori, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2016, pp. 135-136. Ver también: *L'Osservatore Romano y Avvenire*, 16 marzo 2016.

<sup>4</sup> L. Giussani en H.U. von Balthasar, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, Madrid 1978, p. 175.